
Fiel

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7904

Título: Fiel

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 14 de diciembre de 2022

Fecha de modificación: 14 de diciembre de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Fiel

Jesusa está contenta.

Es domingo. Los patrones han hecho atalajar el breack y han salido para las carreras.

Los peones se han ido todos para las carreras.

Liborio también. Liborio es el cochero.

Jesusa, después de haber limpiado toda la vajilla, tiene miedo en el caserón inmenso y solitario. Está absolutamente abandonada. Se lava las manos en la pileta, se quita el delantal... En uno de los ganchos de la carne se ve colgado un corazón de vaca. Coje el cuchillo de la cocina, corta un trozo. Junto al muro duerme una caña de pescar; la toma. Sale... la puerta del patio suena al cerrarse. Un gato que dormita sobre el muro se asusta y salta...

Las gallinas picotean en el guardapatio. La chancha overa, echada al sol, hace igrun! igrun! mientras diez lechoncitos rosados, exprimen las ubres, sacudiendo sin descanso los rabitos filiformes.

Algún pato ventrudo y patiancho, avanza parsimoniosamente, las plumas en desorden, abierto el pico espatulado.

Las gallinas se esponjan y hastiadas de amores, no hacen caso al gallo, que, al pasar junto a ellas, caído el copete, pálidas las carúnculas, roza los espolones y ensaya un requiebro por compadrada, sin deseos él también.

Por allá duerme un perro, tirando de tiempo en tiempo, furiosas dentelladas a las moscas que le molestan en su

reposo.

Sobre el horcón de la enramada, un hornero, posado en la pared del nido en construcción, medita. Cerquita, entre las ramas de unas talas escuálidas, sin miedo de pincharse, varias urracas saltan, gritan, se ríen, dejando en las espinas jirones de sus vestimentas gríseas.

Más allá en la copa de los eucaliptos, las cotorras vocean, vocean, armando una farra tan descomunal, y tan sin objeto, que una águila posada en uno de los árboles para descansar un momento, se indigna, agita las alas y tiende serenamente el vuelo.

Jesusa observa durante unos instantes.

Las casas y el campo presentan el silencio triste de las siestas. Hasta se diría que tienen el olor agrio del sudor de las siestas.

Jesusa, lentamente, coge la caña de pescar en una mano, un pedazo de corazón de vaca en la otra, se encamina, paso a paso, hacia la cañada vecina.

Como es primavera y el campo está todo lleno de flores, evita pisar las flores con sus pies calzados con alpargatas floreadas.

Va sola.

Es decir, sola, no. Con la lengua de fuera, trotando despacio la acompaña *Fiel*, el perro de Liborio, un perro muy feo, rabón, sin orejas, pelicrespo.

Jesusa siente rabia al ver que la sigue el perro de su amado, cuando su amado se ha ido, y le tira un puntapié. *Fiel* da un brinco y sigue trotando al lado de la moza, con la lengua de fuera, el tronco del rabo erguido y los flancos batiendo como un fuelle.

Jesusa se enoja.

—¡A las casas! —grita al can, señalando las casas con una de sus manos regordetas, morenas, sabrosas como un asado de picana.

Fiel se sienta sobre sus patas traseras, y, sin dejar de batir la enorme lengua rosada, fija sus grandes ojos, inteligentes y tristes, en la moza.

—¡A casa!

Fiel no se mueve.

Jesusa reemprende la marcha, vuelta hacia atrás la mirada amenazante.

Fiel no se mueve.

Andando, preocupada, aburrída, enojada, la china olvida al perro. El perro se incorpora; sacude el muñón de cola que le resta, sacude la cabeza sin orejas, se lame el hocico, torna a estirar la lengua y trota, oliendo el suelo. Un rastro de perdiz le detiene un instante; ¡al fin es perro!... Se impacienta, duda, reflexiona, pero, como no es hombre, renuncia a su placer y galopa para alcanzar a la patrona, cuya silueta blanca se perdía casi entre las maslegas doradas de la flechilla del bajo...

Jesusa avanzaba con miedo. Le asustó una perdiz volando junto a ella; le asustó una lechuza que graznó a su paso; le asustó un ñandú que, levantado del nido al sentirla, golpeó el pico y agitó los alones.

Empero, criolla, Jesusa continuó su marcha. Llegó al borde de la cañada en cuyas aguas de plata dardeaba el sol primaveral.

Apretando pajas, espinándose con los caraguatás, despreciando las rosetas, haciendo poco caso de los bichos colorados, logró sitio en la ribera, en la barranca, sobre una

blanca laguna de cañadón, donde saltaban inocentes las mojarras.

Desenvolvió la línea, tomó el corazón de vaca para cortar la carnada; y al tomarlo vió, echado junto a ella, húmeda la lengua y los ojos, a *Fiel*.

A la sombra de los grandes sauces que bordaban la ribera opuesta, brincaban las mojarras...

Jesusa, con una mano en el anzuelo, se detuvo; posó su otra mano sobre la cabeza del noble amigo echado a sus pies... y tomando el corazón de vaca, se lo ofreció diciendole:

—¡Tomá!... Está mejor empleado que en usarlo para cazar los pobres pescaditos!....

Y una voz de hombre dijo entonces a su espalda:

—¡No le dé tuito el corazón a mi perro!... ¡Guarde algo pa mí!....

Jesusa, dando un brinco, dejando caer al agua la cana y el cuchillo, se echó en los brazos de Liborio.

Fiel, abandonando la carniza que había empezado a mascar, saltaba acariciándolos a ambos.

Era perro, *Fiel*.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.